

da de caballería sostuvo intrépidamente un choque de la enemiga en la hacienda de San Isidro. En los días 22, 26 y 31 del mismo mes y el 4 de Enero de 1865, el general Courtois d'Hurbal que se había establecido en Etlá, destacó sus columnas de observación sobre la plaza de Oaxaca, y en el último dejó establecidas sus avanzadas en la hacienda Blauca.

No era, sin embargo, esta sólo la fuerza que el mariscal Bazaine se proponía utilizar sobre nuestra mermada división de operaciones, pues resuelto á presentarse él mismo, había dado las órdenes convenientes para aumentarla, y el trayecto que media entre las ciudades de Puebla y Oaxaca, estaba cubierto de convoyes de municiones y destacamentos en marcha para la última.

En esta situación, el general Diaz vacilaba entre presentar una batalla decisiva en las inmediaciones de la plaza; abandonar esta y fraccionar sus fuerzas inutilizando la artillería, ó defender la ciudad á todo trance, aunque á riesgo de sucumbir más ó ménos tarde.

Librar una batalla desigual bajo todos aspectos, para que el enemigo nos hubiera arrollado en pocas horas, no podía satisfacer el deseo y la resolución que tenía el general Diaz de combatir y prolongar la lucha por el mayor tiempo que fuera posible. El fraccionamiento de las fuerzas abandonando la ciudad y la artillería conquistadas por él mismo en días más felices, le parecía una cobardía indigna de la causa nacional. No creía, por tanto, cumplir con sus deberes sino defendiendo la plaza á todo trance, y no dejándola sino después de haber hecho los mayores esfuerzos para conservarla.

OFICIALES PRESENTADOS POSTERIORMENTE.

Sub-ayudante.—C. Francisco Capelo.

Tenientes.—Ciudadanos Pedro Avila, Anastasio Macías, Luciano Avella.

Subtenientes.—Ciudadanos Jesus Alvarado, Alejandro Isasaga, Eutimio Huerta, Ildefonso Cruz Aedo.

NOTA.

Este Cuerpo de Ejército lo mandaba el C. general Jesus Gonzalez Ortega. Puebla de Zaragoza, Mayo 17 de 1863.

Es copia simple de su original que se encuentra en el número 112, tomo de Febrero á Mayo del año de 63, del *Diario Oficial*, que existe en el Archivo general y público de la Nación.

México, Abril 15 de 1882.—Cotejado.—*Justino Rubio*, oficial.—Rúbrica.

Contando á la sazón tres mil hombres de infantería, el personal de tres baterías irregulares, novecientos caballos útiles y las guardias nacionales de Miahuatlan, Tehuantepec é Ixtlan, que se organizaban en sus respectivos pueblos, dispuso que la brigada de caballería marchara, como lo hizo, el día 8 del citado Enero, á tomar la retaguardia del enemigo, por entre la villa de Etlá y los Huitzo; que siguiera el camino de la Mixteca que traían los referidos convoyes y refuerzos del enemigo, procurando sorprenderlos y batirlos ó inutilizarlos respectivamente; y que hecho esto, volviera á situarse á la vista de la ciudad, para que reforzado con las citadas guardias nacionales, pudieran servir de apoyo á la guarnición cuando creyera oportuna su salida ú otra operación decisiva.

La fiel ejecución de este bien combinado plan, hubiera determinado otros hechos y producido otro desenlace; pero todo se conjuraba en aquella época contra los defensores de la más noble y justa de las causas. La brigada de caballería se fraccionó ántes de realizar una sólo de las prevenciones del general en jefe; la fuerza de Tehuantepec se pronunció en favor de la intervención, y la de Miahuatlan no se organizó convenientemente, ni mucho ménos ocurrió al teatro de los acontecimientos. El coronel D. Félix Diaz regresó en el término que se le había fijado, pero con muy escasa fuerza, y no pudo, por tal motivo, llevar á cabo ni la menor parte de lo que le correspondía en el plan general de operaciones.

Entretanto, el enemigo adelantaba sus columnas sobre la plaza, haciendo agotar sus municiones á los defensores de aquella; y sobre todo, obligándolos á palpar por sí mismos que eran inferiores en número, disciplina, armas y recursos de todo género, al ejército francés, fuerte de diez mil hombres de las tres armas con más de treinta bocas de fuego de doble alcance que las nuestras, y proyectiles en la mayor abundancia y de mucha mejor clase que los nuestros.

Se afronta generalmente el peligro con toda resolución cuando hay esperanzas de triunfo, aun cuando haya á la vez probabilidades de derrota; pero el valor más indomable cede y el desaliento cunde, desde el instante en que los combatientes se juzgan vencidos. Así sucedió á los defensores de Oaxaca desde que supieron ó comprendieron que por el desbandamiento de la caballería, la sublevación de la fuerza de Tehuantepec y la desobediencia de la de Miahuatlan, no podían esperar ningun apoyo exterior para su salida, y que

su caída era inevitable. La desercion que desde el lance de Nanahuatipam, se contenia difícilmente, fué aumentando desde los primeros dias del sitio, y llegó en los últimos á un desarrollo espantoso, no sólo entre las clases de tropa sino entre oficiales y jefes. Los agentes imperialistas hacian correr voces fantásticas sobre la suerte de los que permanecieran en la plaza, y promesas halagüeñas para los que abandonaran su defensa. Sabiéndose que los principales personajes de las administraciones liberales hacian la corte en la mesa y en el paseo al mariscal Bazaine, y que ellos mismos formarían la nueva administracion imperialista, se creía perdida para siempre la República, é inútil completamente todo sacrificio para su defensa.

El general Díaz se multiplicaba en los combates, felices al principio, y adversos, ó por lo ménos estériles despues: en el de Aguilera, que tuvo lugar á principios de Enero, con la compañía de ingenieros que mandaba el teniente coronel Perez Castro, desalojó al enemigo de la casa de la hacienda, sosteniendo un combate reñido, prolongado y verdaderamente heróico. En las vertientes occidentales de los improvisados fortines que dominaban la ciudad comprometió lances atrevidísimos que entusiasaban á sus subordinados. En los mismos fortines, sobre los cuales los sitiadores establecieron sus principales baterías, el general Díaz hizo prodigios de valor, atendiendo personalmente, dia y noche, á su defensa, en medio de un fuego destructor que diezmaba el personal de nuestra artillería.

Este exceso de actividad, de energía y valor, llegó á hacer sospechar á los defensores de la plaza que el general en jefe desesperando de la situacion, buscaba á todo trance la muerte, como el único desenlace á que se podía aspirar. Varios jefes justamente alarmados de esta resolucion, le hicieron presente que tenia más altos deberes que cumplir respecto de sus camaradas, que á pesar de la desmoralizacion de la generalidad, se conservaban en sus puestos con honor, resignados á seguir su suerte.

En estas circunstancias la desercion en masa de dos compañías del cuerpo que guarnecía el fortin más avanzado, dejaba descubiertos los otros y aun la misma plaza por ser estos dominantes. El general en jefe mandó por lo pronto un refuerzo, pero convencido de que la defensa no podía prolongarse, convocó una junta de guerra para resolver lo más conveniente. Hay que advertir que los comandantes de los otros puntos de defensa habian también manifestado que no podrian contener un empuje formal del sitiador, porque

sus fuerzas disminuidas y desmoralizadas por la desercion, eran incapaces de sostenerse.

En la junta, los generales Salinas y Ballesteros, el coronel Angulo, jefes de brigada y comandantes de las líneas de defensa, opinaron por la rendicion, y el general en jefe tomó á su cargo promoverla y escogitar los términos más decorosos. Con este motivo se mandó al coronel Angulo al campo enemigo á solicitar una conferencia con el mariscal Bazaine en la tarde del dia 8 de Febrero; pero como entrada la noche aún no volvía, el general Díaz se resolvió á presentarse él mismo al vencedor, aceptando todas las consecuencias de su situacion, y no pidiendo garantías más que para sus subordinados.

No sabemos todo lo que pasó en aquella entrevista, pero indagando los orígenes de la conducta del general en jefe, hemos sabido que en aquellos momentos supremos llegó á comprender que se murmuraba que no resolvía rendirse y sacrificaba á sus compañeros de armas, porque no tenia garantías cerca del enemigo, por haber sido de los prisioneros de Puebla. Devorando la profunda indignacion de su alma, se dirigió á pedir la muerte en cambio del respeto á las personas de sus subordinados. «Vengo á rendirme, dijo al mariscal Bazaine, porque no tengo elementos para seguir la lucha. Soy el único responsable de la guerra, y el ejército francés sabe que los vencidos son desgraciados, pero no criminales.»

Conducido á Puebla como prisionero de guerra, estuvo allí hasta el mes de Setiembre del mismo año de 1865. Al principio se ejerció con él y sus compañeros la más rigurosa vigilancia, y sólo en los últimos meses por las atenciones del caballeroso comandante Schismadia, disfrutó de algunos desahogos. Dispuesto á continuar la guerra é incapaz de contenerse por los peligros de la evasion, se la hubiera procurado desde luego á no ser porque temia que sus compañeros de desgracia hubieran sido víctimas de nuevos y mayores rigores. Esperó por lo mismo, y sólo cuando habia sido puesto en libertad el mayor número de los prisioneros y cuando el cuartel general francés se negó á cangearlo por los prisioneros del Ejército del centro, se resolvió á evadirse.

Felizmente el comandante Schismadia habia sido reemplazado por otro oficial austriaco que no tenia los mismo miramientos; y el general Thun que habia repetido inútilmente sus gestiones para que influyese en cierto sentido en algunos jefes republicanos, habia mandado estrecharle su prision y redoblar la vigilancia de que era objeto. El general Díaz efectuó su evasion en la noche

del 20 al 21 de Setiembre, salvando las elevadas tapias del cuartel de la Compañía, y dejando atadas á la cuerda que le sirvió para descender á la calle, dos cartas para dichos jefes, en una de las cuales daba las más expresivas gracias al primero por su caballeroso comportamiento, que ofrecia corespondér dignamente.

VI

Intencionalmente hemos procurado abreviar la narracion del párrafo anterior á pesar de la multiplicidad de los acontecimientos, á pesar del heroísmo, de los esfuerzos, y á pesar tambien de que los hechos se prestan á consideraciones dignas de tenerse en cuenta; porque en los dos años que comprende, la fatalidad parece haber pesado no sólo sobre nuestro héroe, sino sobre todos los defensores de la misma causa y sobre la misma República. Uraga, Salazar y Riva Palacio en Michoacan, Negrete en San Luis, Doblado en Mathuala, y todos, todos cuantos no desesperaron del triunfo, ó que desesperados combatian por la libertad de México, fueron sucumbiendo unos despues de otros y dejando á la República llena de luto y desolacion.

Y si de aquellos titanes, héroes de tan gigantesca lucha, pasamos á los altos magistrados, á los consumados políticos, á las grandes ilustraciones que olvidando el nombre de sus antepasados se pusieron al servicio del enemigo, el cuadro nos causaria horror, y nuestra temblorosa mano seria impotente para darle las espesas tintas con que nunca se le recargaria demasiado.

Sólo la colonia trashumante de Paso del Norte con los productos de la venta de California y los negocios de ágio que tantos millones y desgracias han de causar á la República, podía vivir feliz, confiada y llena de doradas ilusiones.

Pero volvamos á nuestro prófugo de Puebla. El día 21 llegó á San Pedro Coayuca en donde lo esperaba el malogrado coronel D. Bernardino García con una escolta de catorce patriotas decididos á seguir la suerte de su querido general, y que desde entónces fueron sus inseparables compañeros. Al siguiente sorprendió y desarmó la fuerza de seguridad de Tehuizingo, y ya despues con cuarenta y dos hombres, se situó en Piaxtla en donde derrotó un escuadron procedente de Acatlan, haciéndole dos muertos y algunos heridos y quitándole la mayor parte de sus armas y caballos.

Miéntras el coronel Visoso con ciento cincuenta caballos y el coronel Flon con doscientos pretendian impedirle su entrada al Estado de Oaxaca, el general Diaz llegó á Tlapa en donde encontró á los coroneles Cano y Segura con una pequeña guarnicion de sesenta hombres, que lo recibieron con entusiastas demostraciones de regocijo poniéndose á sus órdenes, á pesar de que el Estado de Guerrero no pertenecia á la línea de Oriente. Con tan oportuno refuerzo volvió á poco al encuentro de sus perseguidores; sorprendió á Visoso en Tulancingo el día 1° de Octubre, y lo destrozó completamente, haciéndole más de cuarenta muertos y treinta y cinco prisioneros, y quitándole armas, caballos y tres mil pesos en oro que formaron los primeros fondos de la Comisaría del naciente ejército. Flon se habia quedado en Acatlan fuera de todo alcance por el momento.

Dejando, entónces, en Tlapa tanto la fuerza local como la que habia formado en su corta y feliz expedicion, se dirigió á la Providencia á visitar al Sr. general D. Juan Alvarez. Recibido con paternal benevolencia por el decano de los patriotas, obtuvo por sus respetos, doscientos fusiles de chispa y treinta y dos soldados que estaban agregados en clase de prisioneros, al batallon de Acapulco. Regresaba con este auxilio por el camino de Tixtla, acompañado de algunos jefes y oficiales que voluntariamente quisieron seguirle, cuando supo que una columna de setecientos hombres de la fuerza llamaba austromexicana, habia ocupado la poblacion y parte del Distrito de Tlapa.

Sin esta base tan necesaria para su plan de operaciones, le habria sido necesario cambiarlo radicalmente y trasladarse á otro lugar, dando por perdidos los adelantos obtenidos en la campaña anterior. El Estado de Guerrero hubiera quedado expuesto á ser invadido mas ventajosamente, y desde luego no seria ya una retirada y un abrigo seguro caso de cualquiera eventualidad adversa.